

## El descenso de Dios

---

Este *Principio y Fundamento*, aparentemente tan abstracto, tan filosófico lleva, sin embargo, toda la carga de la experiencia fundamental que ha dado origen a lo que fue San Ignacio y a toda la espiritualidad que se ha desarrollado. Y por eso pienso que es importante desentrañar las características que nos deja, y que no son de San Ignacio, sino que pertenecen a la fe.

Ya hemos visto alguna de las características de esta experiencia que de Dios ha tenido: un Dios al que encuentra dentro de sí mismo, a través de la plenificación que le deja como la huella de esa acción que siente de Dios, que fue la que le hizo convertirse absoluta y permanentemente a Dios. Vimos también cómo ese Dios está inseparablemente vinculado con toda la realidad humana, con toda la creación, que hace que no podamos encontrarnos con Él sino a través de esta historia humana donde Dios está presente y actúa.

De esta experiencia quiero resaltar algo que me parece muy fundamental, decisivo para asumir auténticamente lo que es esta experiencia, esta realidad, esta imagen que Dios nos ha querido comunicar. Y es algo característico en San Ignacio, que es que a Dios lo ha experimentado como un Dios que baja: *el descenso de Dios*. Instintivamente todos tendemos a subir hacia Dios; así se comienza y así tiene que ser. Pero la culminación de lo que ese Dios ha querido ser con nosotros es que la iniciativa la ha tenido Él, *el descenso de Dios*, Dios baja, Dios viene, Dios se comunica, Dios actúa, Dios llama. Y éste es el telón de fondo y el fundamento existencial en que se sitúa la posibilidad más concreta de hacer la experiencia de Dios. Si la experiencia de Dios consistiera en que yo tengo que subir hacia Dios, sería algo imposible. Pero la posibilidad de que realmente pueda experimentar a ese Dios es que Dios me ha venido, Dios viene a mí. El Dios de la revelación se ofrece, Él mismo, a todos, en una cierta inmediatez —no absoluta, porque siempre hay alguna mediación; pero, como dice San Ignacio, «directamente Dios habla»— y nos invita a participar en su vida. Por eso Karl Rahner dice que el misterio total de la persona humana se esclarece del misterio de Dios en la medida en la que el misterio de Dios se ha revelado en el Verbo Encarnado; es decir, en que Dios ha bajado aquí y ha asumido esta realidad nuestra. Es la prueba más significativa sobre el misterio del ser humano. Dios nos ha dicho lo máximo en el plano humano sobre lo que es ser una persona humana, sobre el misterio que constituye la persona humana. En sentido radical, *ser humanos* es ser destinados a la oferta que Dios nos hace de sí mismo. El salmo 89 expresa este deseo; dice: «baje a nosotros la bondad del Señor y haga prósperas las obras de nuestras manos», que es lo que todos anhelamos.

Hablando de ese descenso de Dios, pienso yo que se concibe fácilmente como una irrupción desde fuera de mi vida y desde fuera de la vida, algo que sobreviene, que irrumpe... Y, de este modo, el carácter divino de Jesucristo sólo se puede entender desde su diferencia y separación de nosotros, algo que viene de fuera de nosotros. Así se comprende ese esquema mítico de bajadas y subidas de seres celestiales, como aparece muchas veces. Esto encaja perfectamente con la imagen de un Dios que nos creó pero que permanece allá en el cielo, mientras nosotros estamos aquí, en la tierra. De ahí la enorme dificultad que se tiene para asumir e integrar lo divino y lo humano, es decir, el dualismo que permanece, a pesar de todas nuestras ideas y deseos, en la realidad de la vida entre Dios y lo humano, entre Dios y la vida; como que es incompatible esa vinculación con el instinto religioso que prima fácilmente en nosotros. Sin embargo, tenemos que acudir a la revelación misma para realmente ver que Dios

no está fuera y lejos, sino dentro y en la raíz misma de nuestro ser humano, sosteniendo al ser humano y a toda criatura mediante el acto continuo de la creación.

Y de ahí, ¿cuál es la consecuencia que saca la teología? Si Jesús viene de Dios, no llega desde fuera, sino desde donde está Dios, que está dentro de esta realidad, de esta creación, de esta vida nuestra; desde la fuente común que nos está constituyendo como seres y manteniéndonos a todos. Y cuanto más grande sea la intimidad con la fuente desde donde viene, desde Dios, más participa de esa misma fuente que nos hace ser para bien nuestro, más se intensifica su comunidad con nosotros. Por eso Karl Rahner insiste en que, so pena de caer en concepciones míticas, es preciso concebir la creación y la encarnación como dos momentos de la única actuación y comunicación de Dios al mundo. Dios no ha tenido más que una única comunicación con el mundo, en dos fases: comienza por la creación y culmina en la encarnación. Son dos fases en el único proceso salvador: Dios crea para salvar; la salvación no comienza en Jesucristo, sino desde que crea: crea para eso. Ya vimos ayer la primera experiencia que se tuvo de Dios, que fue salvar, liberar a un pueblo. Entonces, ¿qué significa la encarnación? La intensificación máxima de lo humano, por haber sido agraciado por esa iniciativa gratuita de Dios de unirse personalmente a toda esta realidad humana nuestra; entonces, lo que era bueno de Dios, imagen de Dios va a ser —dice— imagen personal de Dios; es decir, se intensifica lo humano, se eleva por gracia lo que Dios ya había creado desde el comienzo.

Por eso es bueno ver a la comunidad de San Juan, que es la que mejor ha captado esto. En el prólogo, San Juan nos habla de tres venidas de Dios al mundo. La primera es por la creación y por su presencia providente de conservación de esa creación: «por la Palabra, por el Hijo, todas las cosas vinieron a la existencia y nada se hizo sin ella». Segunda afirmación: «en ella estaba la Vida. Es luz del mundo». Y añade: «en el mundo estuvo; la luz verdadera, la que alumbraba a todo hombre, estaba llegando al mundo. En el mundo estaba, aunque el mundo [que se hizo mediante Él] no lo conoció». Nos habla claramente de cómo Dios ha entrado en la realidad que ha creado. Por eso, a la creación se le ha llamado la *primera alianza de Dios con la humanidad* (Jn 1, 10).

Habla de una segunda venida de Dios a los hombres. Vuelve por segunda vez a reabrir el diálogo hombre-Dios de una forma más personal. Viene como la Ley de Dios, la Torá, en un nuevo intento de ingresar en la familia humana. La palabra *ley* no traduce adecuadamente el sentido de la Torá, que significa *instrucción, enseñanza, revelación positiva de Dios*. En esta segunda venida, el Hijo de Dios creador viene ligado a un pueblo particular al que Dios promete, a través de Abraham, una Tierra Santa. Se dirige al pueblo que Yahvé adquirió liberándolo de Egipto, porque quiere hacerse patente, visible al mundo, a través de ese pueblo. «Vino a su casa pero los suyos no lo recibieron» (Jn 1, 11).

Y, por fin, la tercera venida es ya «La Palabra se hizo hombre y clavó su tienda entre nosotros». No en el templo, ni en ningún lugar concreto, sino *entre nosotros*, como se significa a través de esos signos de la presencia de Dios que eran la tienda y la nube que acompañaba al pueblo. Dios va con ellos. Camina con ellos, está con ellos.

San Ireneo nos dice: «Él [Jesús], en los últimos tiempos, se ha hecho hombre, siendo que estaba ya en el mundo y que en el plano invisible sostenía todas las cosas creadas y se encontraba impreso en toda la creación. He aquí por qué ha venido de manera visible en su propio dominio: se ha hecho carne y ha sido suspendido en el leño para recapitular todas las cosas en sí mismo».

Y así, la acción creadora original, nos dice San Pablo en Col 1, 16, es «por Él y para Él», toda la creación es por Él y para Él. «El Hijo es creador para ser recreador de todas las cosas [con esa intensificación que va a inyectar a toda la existencia humana], cabeza del

cuerpo de la Iglesia, el primero en todo. Él es imagen de Dios invisible hecho visible». Esta creación y esta recreación tienen dimensiones universales.

Por tanto, esta correspondencia se inscribe en la perspectiva religiosa de toda la Biblia, para la que la creación ya es una alianza de Dios con los hombres, y la alianza, una nueva creación. Si la creación envuelve la salvación, a la que está ordenada, a su vez la salvación envuelve a la creación. Por consiguiente, se nos hace ver que existe una profunda solidaridad entre la creación y el verbo encarnado, el hijo de Dios encarnado. El Apocalipsis, finalmente, llama al Hijo *Príncipe de la Creación de Dios* (3, 14).

Creo que esta auténtica imagen de Dios, esta realidad de Dios, esta vinculación nos tienen que hacer cambiar profundamente. Si hablamos del Dios cristiano, hablamos de un Dios *hecho* esta historia humana, esta existencia humana, esta realidad humana, con todas las relaciones humanas que lleva consigo. De ahí sale que tengamos que aprehender la realidad y enfrentarnos a ella desde esta fe en el descenso de Dios en la historia humana. Como dijo Zubiri, el gran filósofo, Dios se ha hecho cargo de la realidad y con Él tenemos que hacernos cargo de la realidad: un estar real en la realidad de las cosas, de las situaciones, a través de las mediaciones que ponemos (activas, materiales, etc.). En segundo lugar, Dios carga con la realidad al hacerse hombre, y con Él tenemos que cargar con la realidad. Es decir, tenemos que tener en cuenta el carácter ético fundamental que hay que imprimir a la realidad. Y, en tercer lugar, Jesucristo se encarga de la realidad. Encargarse de la realidad: asumir hasta sus últimas consecuencias la dimensión práctica y, a la vez, liberadora de la realidad.

Y esta es la espiritualidad de San Ignacio, que no es otra que la espiritualidad cristiana. ¿Cuál es la característica de esta espiritualidad? ¿De dónde nace, dónde se alimenta? Nace del presente y el hoy de Dios, de la actualidad de su acción, de la presencia de su Espíritu en la historia, y se alimenta en Él. No se trata simplemente de que esta espiritualidad tenga relación con el mundo de hoy; tampoco se quiere decir que esté vigente, en el sentido de una fuerza que tiene hoy todavía después de cinco siglos. Brota de la experiencia de un mundo trabajado por la permanente actualidad de Dios, el hoy de Dios. La experiencia que engendra esa espiritualidad consiste en descubrir a Dios activo y operante en nuestra historia, en nuestro mundo, en nuestras situaciones actuales, moviendo la historia hacia su auténtica realización y llamando a colaboradores que quieran acompañarlo y secundarlo.

Toda espiritualidad es un camino que conduce a Dios, a experimentarlo y vivirlo en el Espíritu y servir y colaborar con Él. Pero cada espiritualidad transita por sus propios senderos y tiene su pedagogía propia y particular. La espiritualidad ignaciana pasa necesariamente por el mundo de hoy, transita por la situación actual, busca, siguiendo al mismo Dios trinitario, realizar la salvación de la humanidad, con la pedagogía particular de contemplar al hombre de hoy «en toda la redondez de la Tierra, en tanta diversidad de razas, naciones», situaciones conflictivas, de angustias, conflictos, etc. Eso es lo que hace que si uno es fiel a esto, nos libera de una de las ataduras, servidumbres, más funestas: la de envejecer, la de instalarnos, la de anestesiar nuestra existencia y trabajo. Pero si se sigue, nos libera de un Dios del pasado, lo que en el pasado pudo hacer: se trata de lo que hoy hace. Por eso tendrá una vigencia permanente, fecundidad y crecimiento imparables. Dios es siempre mayor, como experimenta San Ignacio. *Dios es siempre mayor*. Por eso siempre va a más. Y vemos que cuando se vive desde este dinamismo que inyecta esta esperanza que espera contra toda esperanza (como dice San Pablo), hace realmente que surjan resultados impensables, ensanchamientos de nuestra visión, actividad, de nuestro actuar... Por consiguiente, ésta es la gran experiencia que nos da este *descenso de Dios*.

Desde aquí viene todo un estilo de situarnos en el mundo los que estamos llamados a vivir esta experiencia cristiana de fe: es el de que, situados dentro de la realidad directa y concreta en que tenemos que actuar y vivir, hay una compenetración de un elemento siempre

sobrenatural, que es esta fe, esta acción de Dios, esta confianza en que Dios está con nosotros, nos ayuda, nos dirige. Es la certeza de ser uno de los factores activos de este humanismo teocéntrico —se ha dicho de esta espiritualidad— exaltado y equilibrado, tan renaciente como es esta espiritualidad. Un jesuita francés dice: «teniendo en cuenta el gigantesco desplazamiento hacia la práctica que lleva esta experiencia, Ignacio y la compañía naciente retoman, a mi parecer, lo que hubo ahí de productivo, grande y creador: la confianza en el socorro de Dios, en el cual es dado al hombre ponerse a trabajar para poner un poco de orden en este mundo».

Por eso San Ignacio, al tener esta experiencia y convertirse, no se hizo sacerdote, religioso ni nada: fue un laico. Estaba viviendo lo que pertenece a la experiencia cristiana, sin ningún aditamento especial todavía. Por eso se ha dicho que en la concepción que habrá de la misma vida religiosa en Ignacio, se revela la mundanidad de Dios, en cuanto que no está circunscrito (Dios) a determinadas prácticas, a sectores religiosos de la vida, a la comunidad, sino que abarca la totalidad de la existencia. Inmersos en una serie de lugares, de quehaceres seculares, se va más allá de las mismas cosas en las mismas cosas, y revela a un Dios siempre mayor, que se da aún en lo mínimo.

De aquí viene todo lo que se suele decir de esta espiritualidad: que no reduce la relación con Dios a tiempos, lugares o prácticas especiales, sino que hay que relacionarse con Dios en todas las cosas. Esto puede ser posible desde la asimilación de este Dios. ¿De qué Dios hablamos si todavía nuestro instinto nos lleva a pensar en un Dios que está más allá, que viene de arriba? Hemos de verificar si vivimos vinculados inseparablemente a Dios, como vivió San Ignacio. Y entonces no habrá ningún lío, entendiéndolo que me relacionaré con Dios como Él ha querido revelarse, en espíritu y verdad, es decir, en el espíritu y verdad del amor de padre, que crea una filiación, una relación de amor y obediencia al Padre y que abarca allá donde se vive el amor, donde se vive la totalidad de la realidad (la espiritual, la divina, la humana, toda).

Pero para esto hay que creer. Y es importante caer en la cuenta de la diferencia grande que hay entre ideas y creencias. Porque en cuanto a las ideas, estamos, probablemente, correctos todos. Estamos aprobados: que Dios se hizo hombre, que está en toda la vida, que está y actúa en la historia y todo esto. Pero eso no basta. Hay que preguntarse si a la hora de actuar, de vivir, de tomar decisiones, de relacionarme con personas, con los acontecimientos, con las realidades humanas —el dinero, el sexo—... si yo creo que Dios está aquí y que me relaciono con Él si actuó correctamente con lo que es Dios, el Dios que se me ha revelado. Aquí hay mucho divorcio entre las ideas y las creencias: las ideas van por un lado y las creencias van por otro en la hora práctica, en la hora real de actuar. Los Ejercicios, creo, nos llevan a soldar esa brecha entre lo que sabemos y conocemos y lo que queremos vivir y creer. Y nuestra relación con Dios va a corresponder a la imagen real que tenemos de Dios, a la imagen real, no a la pensada. Porque Dios se ha revelado. Y como entran en juego tantos instintos religiosos, concebimos a Dios como realmente es: grande, omnipotente, sabio, eterno y todo lo que se quiera. Pero hay que ver qué ha revelado Dios de sí mismo. Por eso esta experiencia de San Ignacio es bien nuclear: sólo con la acción de Dios pudo aquel laico, ignorante de teologías y biblias, con sus rudimentos de fe cristiana de Loyola, dejarnos este testimonio.

Ahora toca ver cómo ir viviendo esto. Esperamos poder ir respondiendo desde lo que San Ignacio nos deja, porque el gran acierto que ha tenido esta espiritualidad es que no simplemente habla de que Dios se ha revelado, ha bajado, a Dios podemos experimentarlo, etc., sino nos hace ver dónde se juega poder vivir realmente su presencia.